

**“Para que, escarmentando en mí, no haya tantas perdidas y tan pocas escarmentadas.”**

**La novela corta de María de Zayas desde una perspectiva psicocrítica**

Valeria Montesarchio  
(Universidad de Nápoles Federico II)

## 1. Introducción

La obra de María de Zayas ha sido frecuentemente estudiada desde una perspectiva feminista, especialmente por los *gender studies*, que la han consagrado como símbolo de la escritura protofeminista en la literatura áurea. Sin embargo, su universo literario ofrece una riqueza que trasciende lo social, al retratar personajes con una notable profundidad psicológica, cuyos deseos desbordantes y contradicciones interiores invitan a una lectura más profunda y compleja.

Frente a las lecturas tradicionales, este trabajo plantea un enfoque hermenéutico alternativo que explora la dimensión interior e inconsciente de los personajes zayescos. A partir del método psicocrítico desarrollado por Charles Mauron en los años cincuenta – concebido originariamente para el análisis de la poesía lírica francesa –, se identifican imágenes obsesivas y repetitivas en los relatos, que remiten a conflictos simbólicos centrales como la violencia, la represión y la tensión entre deseo e identidad.

Si bien el objetivo original de Mauron era reconstruir el *mythe personnel* del autor, aquí el método se adapta a la narrativa breve, no con la intención de rastrear la subjetividad de Zayas, sino para desentrañar ciertas constantes temáticas que atraviesan su literatura. Por tanto, el análisis se centra en personajes clave de las *Novelas amorosas y ejemplares* (1637)<sup>1</sup> y los *Desengaños amorosos* (1647)<sup>2</sup>.

Lejos de competir con otras aproximaciones críticas o sustituirlas, esta propuesta busca ampliar el horizonte interpretativo de la obra de María de Zayas y Sotomayor, explorando no solo su riqueza expresiva, sino también la profundidad simbólica, antropológica y psicológica que late en su ficción.

### 2.1. La filotimia<sup>3</sup> como motor: el deseo en Jacinta

“¿A quién le sucedió de amor milagro tan nuevo que le ocupase el deseo amante que en sueños vio?” (Zayas y Sotomayor 2023, 182). Con esta *confessio*, Jacinta, personaje femenino de la primera maravilla zayesca (*Aventurarse perdiendo*), le relata

<sup>1</sup> A lo largo del artículo citamos por la edición de Julián Olivares 2023.

<sup>2</sup> En el estudio remitimos a la edición de Alicia Yllera 2021.

<sup>3</sup> La palabra proviene del griego *φίλος* (*philos*) y *τιμή* (*timé*), y podría interpretarse como “amor al honor” o “afición por la estima y la dignidad”.

En su *Ética a Nicómaco* (Libro IV), Aristóteles define la filotimia como una característica muy positiva, siempre que esté moderada. A juicio del estagirita, la filotimia podría ser una virtud orientada al equilibrio, en la que el deseo de honor debía ser proporcional y estar fundamentado en acciones nobles. Asimismo, aplicada a la psicología moderna, la filotimia podría vincularse con aspectos relacionados con la búsqueda de validación externa.

a Fabio<sup>4</sup> la aventura que la impulsa a seguir perdiéndose en una búsqueda interminable de su “desenfrenado deseo” (Zayas y Sotomayor 2023, 173).

A pesar de que Greer (2000), ya identificó unos atisbos psicológicos – para decirlo en palabras de Valbuena Prat (1959, 183-185) – en esta primera heroína zayesca, es curioso que, más que a “una joven edipal” (Margaret Rich Greer, 101)<sup>5</sup>, Jacinta revele claros indicios de ser un sujeto con trastorno histérico, porque “el deseo de la histérica no es un deseo de un objeto sino deseo de un deseo” (Jean Jacques Lacan 2010, 415).

Ahora bien, teniendo como eje de referencia la reflexión lacaniana, un punto de partida clave es la revelación de Jacinta, quien experimenta las consecuencias de su psicosis solo *a posteriori*, como se evidencia en la confesión a su oidor Fabio. El análisis de su perfil psicológico alcanza su mayor manifestación en el sueño revelador de la protagonista, punto de partida del estudio. En realidad, aunque la novelista áurea no pudo tener conciencia de los ingredientes cruciales para una interpretación psicológica de su obra, lo cierto es que la misma Zayas nos proporciona unos elementos claves para desentrañar el perfil psicológico de Jacinta.

En las ásperas peñas de Montserrat, Jacinta le revela a Fabio la causa de su padecimiento amoroso. Razón que la ha llevado a su irremediable dilema interior, ejemplificado por el funcional oxímoron *huir-firmeza* que brota de sus décimas (Zayas y Sotomayor 2023, 175-176):

[...]  
Vine a estos montes huyendo  
de que ingrato me maltrates,  
pero más firme te adoro,  
que en mí es sustento el amarte.

Antes de adentrarnos en el sueño de Jacinta, cabe mencionar y poner de relieve el componente escénico que caracteriza el primer lugar escogido por Zayas para abrir la novela: por su forma puntiaguda, la montaña catalana de Montserrat parece evocar un potencial simbólico y fálico, remitiendo, de alguna forma, al contenido latente de la psique que se revela en el sueño de la protagonista. Por añadidura, este crucial elemento otorga cierto efecto de reflejamiento entre la diégesis primaria – la larga

---

<sup>4</sup> En esta novela, al igual que en el *postscript* que cierra la segunda colección (*Desengaños amorosos*), Fabio se presenta como un oidor ideal, elemento que aporta, de alguna manera, circularidad a la obra. Al fin y al cabo, Fabio representa un destinatario ideal, lo que sugiere que el destinatario de *Al que leyere* es, en realidad, también el “ilustrísimo Fabio”. En efecto, la autora podría estar remitiéndose a un código clásico, ya que los “Fabios” son figuras recurrentes en la literatura clásica y suelen ser receptores de textos de carácter moral. En este sentido, cualquier lector puede identificarse con Fabio, lo que garantiza, en última instancia, tanto *delectatio* como enseñanza.

<sup>5</sup> La reflexión de Greer a propósito de una “joven edipal” se justifica por el hecho de que Jacinta declara, al comienzo de la novela, la ausencia de la figura materna como el factor que desencadena el poder absoluto del *pater familia*. En concreto: “Faltó mi madre al mejor tiempo, que no fue pequeña falta, pues su compañía, gobierno y vigilancia fuera más importante a mi honestidad que no los descuidos de mi padre, que le tuvo en mirar por mí y darme estado [...]” (Zayas y Sotomayor 2023, 179)

Aunque Greer no lo señale por casualidad, lo cierto es que, para todas las heroínas zayescas, la figura materna siempre es ausente. Tampoco es casual que los escritos estén dirigidos precisamente a las mujeres, con clara intención de reivindicar su rol dentro de una lógica social marcada por la relación dominador-dominado.

aventura de Jacinta – y la secundaria – relato retrospectivo que Jacinta le cuenta a Fabio.

Más concretamente, en su sueño, Jacinta nos proporciona unos elementos clave: al soñar a sí misma en un “bosque amenísimo” – lugar que, simbólicamente, guarda similitud con el *crines pubis* – (Greer, 103-104), Jacinta sueña con ser herida con una daga en el corazón (otro elemento fálico) por un desconocido y misterioso hombre quien, paradójicamente, ejerce fascinación sobre ella y le provoca un curioso goce frente al daño recibido:

Diez y seis años tenía yo cuando una noche [...] soñaba que iba por un bosque amenísimo, en cuya espesura hallé un hombre tan galán que me pareció [...] no haberle visto en mi vida tal. Traía cubierto el rostro con el cabo de un ferreruelo leonado [...] y deseosa de ver si el rostro confirmaba con él [...] llegué a quitarle el rebozo, y apenas lo hice cuando, sacando una daga, me dio un golpe tan cruel por el corazón [...] su retrato se quedó estampado en mi memoria, de suerte que en largos tiempos no se apartó ni borró de ella. Deseaba yo [...] hallar para dueño a un hombre de su talle y gallardía [...] de suerte que a pocos lances me hallé enamorada sin saber de qué [...]. (Zayas y Sotomayor 2023, 180)

Si es cierto que, como sugirió Freud (2022), los sueños encierran los pensamientos reprimidos en el inconsciente cuando la psique no necesita recurrir a mecanismos de defensa, el sueño de Jacinta revela su personalidad más profunda, ya que “un sueño es siempre algo donde se realiza un deseo” (Jean Jacques Lacan 2010, 369). Y si bien fantasear puede actuar como “*un’attività di soglia*” (Arrigo Stara 2001)<sup>6</sup>, Jacinta supera estos confines, combinando el exceso anímico de sus fantasías con su experiencia real.

Por lo tanto, no es casualidad que la protagonista se fije en un hombre cualquiera que pasea en el momento más puntual debajo de su balcón, y que elige a Félix como su primer objeto de amor. Ella misma declara ver a Félix como “el mismo dueño de mi sueño” (Zayas y Sotomayor 2023, 183), y, sobre todo, le confiesa que, “yo os quiero, no solo desde el día que os vi, sino antes” (Zayas y Sotomayor 2023, 185).

La dinámica se vuelve aún más curiosa cuando, al introducirse una rival en su relación amorosa<sup>7</sup> – Adriana, prima de don Félix, personaje que aporta el elemento del incesto a la novela –, Jacinta se muestra dispuesta a desafiar las estrictas normas sociales de su tiempo para no perder a Félix. En efecto, para eliminar a su rival – secretamente admirada – de la ecuación, Jacinta decide entregar a Félix “la posesión de mi alma y cuerpo, pareciéndome que así le tendría más seguro” (Zayas y Sotomayor 2023, 187). La reacción de Jacinta podría parecer casual, pero no lo es, ya que, según señala Lacan (2023, 372), la histérica acaba identificándose con el sujeto hacia el que siente celos, es decir, hacia su rival en la ecuación amorosa:

<sup>6</sup> Una verdadera “actividad de umbral”, que, según la lectura freudiana, se refiere a la función ambivalente de la fantasía, siempre situada en el límite entre dos estados: por un lado, como mecanismo de compensación frente a la frustración de la realidad; por otro, como vía de escape patológica ante el peso de los deseos insatisfechos.

<sup>7</sup> Estaríamos, por lo tanto, ante el fascinante triángulo amoroso que conlleva un mimetismo entre los rivales, tal como respaldado en la conocida *théorie mimétique*. (René Girard, 1985)

Si el sujeto necesita crearse un deseo insatisfecho, es que ésta es la condición para que se constituya para él un Otro real, es decir, que no sea del todo inmanente a la satisfacción recíproca de la demanda, a la completa captura del deseo del sujeto por la palabra del Otro. Que el deseo en cuestión sea por su propia naturaleza el deseo del Otro [...] porque este deseo de [...] la enferma no quiere que sea satisfecho en la realidad. (Jean Jacques Lacan 2010, 372)

Pero ¿qué necesidad tenía Jacinta de entregarse a su futuro marido si el mismo Félix no daba indicios de corresponder al deseo de su prima Adriana?

Para el sujeto con trastorno histérico, la reafirmación de su valía personal siempre proviene del Otro: su *filotimia* explica por qué, a menudo, Jacinta se queda atrapada en situaciones conflictivas.

Además, su masoquismo se vuelve aún más evidente al quedarse, inesperadamente, viuda: es curioso que una mujer recientemente enviudada, supuestamente marcada por las profundas heridas emocionales del duelo, experimente una inmediata recuperación física y emocional al sustituir su objeto de amor. En efecto, descubierto el fallecimiento repentino de Félix, Jacinta rechaza ingresar al convento – única opción para una viuda del tiempo histórico-social –, confesando no poder seguir existiendo sin “otro don Félix.” (Zayas y Sotomayor 2023, 201)

Sin embargo, muy pronto, un segundo encuentro casual desencadena su enfermiza curiosidad. La llegada de Celio – un joven narcisista con fingida vocación religiosa – estimula la desmesurada fantasía de Jacinta. En realidad, el elemento que suscita su inmediato y descontrolado enamoramiento nace del descubrimiento de que Celio no esté disponible emocionalmente. Si a eso le añadimos una segunda situación de rivalidad – aunque Celio confiesa despreciar profundamente a la dama que lo corteja –, se hace aún más clara la condición que Jacinta, justamente, anhela:

Quién pensara, Fabio, que esto despertara mi cuidado [...] renació en mí un poco de deseo, y con desear se empezaron a enjugar mis ojos y fui cobrando salud, porque la memoria empezó a divertirse tanto, que del todo le vine a querer, deseando que fuera mi marido, si bien callaba mi amor [...]. (Zayas y Sotomayor 2023, 202)

Al relatar retrospectivamente su experiencia a Fabio, Jacinta menciona la “memoria”, pero sería más adecuado hablar de subconsciente: Celio, al igual que Félix, representa un simple instrumento de su fantasía, un hombre cualquiera convertido en su objeto inalcanzable. Por ende, parece que Jacinta se obsesione con quien la rechaza y la hiere – como revela su sueño. Su declaración en “queriendo a quien me aborrece” (Zayas y Sotomayor 2023, 203), lo pone de manifiesto.

Conforme lo expone Jean Jacques Lacan:

[...] ¿qué pide? Amor, y las histéricas, como todo el mundo, demandan amor, salvo que en ellas esto es más aparatoso. ¿Qué desea? [...] No hay más que leerlo. ¿Y qué quiere? Quiere que no le den [...].

La cuestión es precisamente saber por qué, para que una histérica mantenga un comercio amoroso que le sea satisfactorio, es necesario, en primer lugar, que desee otra cosa [...] y, en segundo lugar, que para que esta otra cosa cumpla

bien la función que tiene la misión de cumplir, precisamente no se le dé. (2010, 372).

Quedan todavía otras imágenes funcionales para nuestro análisis. En el desenfrenado e ilusorio intento de alimentar su fantasía, para que, “por lo menos comerá el alma el gusto de su vista” (Zayas y Sotomayor 2023, 210), Jacinta acaba quedándose deslumbrada por su mismo reflejo, complaciendo al capricho del vanidoso Celio, quien le pide que “hiciera un soneto a una dama que, mirándose en un espejo, dio en él el sol, y la deslumbró” (Zayas y Sotomayor 2023, 202). Del mismo modo, a la hora de recibir consejo de su oidor ideal, el mismo Fabio, Jacinta rechaza por completo la posibilidad de entregarse a un convento. El único compromiso aceptable es...

La entrada en el monasterio acepto; sólo en lo que no podré obedecerte [...] Soy Fénix de amor, [...] quiero y querré a Celio hasta que ella triunfe de mi vida. [...] Y si tú haces que Celio me vea, con eso estoy contenta, porque como yo vea a Celio, eso me basta, aunque sé que ni me ha de agradecer ni premiar esta fineza, esta voluntad, ni este amor [...]. (209-210)

La dinámica se revela totalmente irracional: lo que impulsa a Jacinta no es la conquista de un amante real, sino la constante necesidad de alimentar su alma – o, mejor dicho, su psique –, con la ilusión de que pueda desear a “una sombra y fantasía” (Zayas y Sotomayor 2023, 181), como ella misma confiesa. No le importa en absoluto que Celio no la vea, que la rechace o que no le devuelva lo que anhela. Lo que le concede una ilusión de supervivencia es el reflejo de Celio, el mismo reflejo que la deslumbró, dejándola atrapada para siempre en una sombra: la sombra de sí misma.

Esa sombra la guiará para seguir *aventurándose a perderse* en una búsqueda interminable, simplemente para seguir existiendo. Porque, la histérica – en tanto en cuanto neurosis – “[...] si rifugia nella fantasia, fino a smarrirsi in essa, perché il normale equilibrio psichico non riesce più a sostenere il peso schiacciante dei troppi “desideri insoddisfatti” (Arrigo Stara 2001, 61)<sup>8</sup>.

Su sueño lo revela, pero su experiencia lo confirma.

## 2.2. La lógica obsesiva de la demanda: el espejismo en las parejas de hermanos

Le désir ne manque de rien, il ne manque pas de son objet. C'est plutôt le sujet qui manque au désir, ou le désir qui manque de sujet fixe; il n'y a de sujet fixe que par la répression. Le désir et son objet ne font qu'un, c'est la machine, en tant que machine de machine. (Gilles Deleuze e Félix Guattari 1995, 34)

En el apartado anterior hemos observado cómo el deseo que vive Jacinta es notablemente complejo, revelando dinámicas que trascienden el simple anhelo de una relación amorosa. En el caso de la histeria, el deseo se mueve en una dirección centrípeta, ya que todos los anhelos del sujeto se centran en y hacia él.

---

<sup>8</sup> “Se refugia en la fantasía, hasta perderse en ella, porque el equilibrio psíquico no consigue sostener el peso aplastante de tantos deseos insatisfechos” (trad. mía).

No obstante, existe otra dinámica que sigue una trayectoria perfectamente divergente, de carácter centrífugo y orientada hacia el Otro. Lo peculiar de esta fuerza es que el individuo, siguiendo de manera exclusiva e incesante la dirección hacia la que está orientado, tiene como único objetivo al Gran Otro:

[...] el trauma primitivo del obsesivo se opone al trauma primitivo del histérico. En el histérico es una seducción súbita, una intrusión, una irrupción de lo sexual en la vida del sujeto. En el obsesivo [...] el sujeto ha tenido por el contrario un papel activo con el que ha obtenido placer [...]. (Jean Jacques Lacan 2010, 407)

Si bien en ambos casos el objetivo es el mismo – pues el Otro sigue siendo el eje central del deseo –, lo que varía es el movimiento, la orientación y la finalidad: mientras que en el caso de la histeria el deseo se repliega sobre el propio sujeto, en el obsesivo se proyecta hacia el exterior y culmina con ímpetu en la persecución del objeto con el fin de aniquilarlo.

Valiéndonos aún de la voz de Lacan:

El obsesivo [...] igual que la histérica, tiene necesidad de un deseo insatisfecho, es decir de un deseo más allá de una demanda. El obsesivo resuelve la cuestión de la evanescencia de su deseo produciendo un deseo prohibido. Se lo hace sostener al Otro, precisamente mediante la prohibición del Otro. (2010, 423)

Con todo, los personajes que han estimulado el análisis mediante la categoría psicológica lacaniana se han detectado en las parejas de hermanos que protagonizan dos relatos zayescos: Luis y Pedro en *Al fin se paga todo* – maravilla séptima –, y Federico y Ladislao en *La perseguida triunfante*<sup>9</sup> – desengaño noveno.

Resulta relevante observar que el deseo parece funcionar como un eslabón que conecta con el Gran Otro, desencadenando unas dinámicas destructivas de las que nadie, efectivamente, se queda exento. Una vez más, nos encontramos ante personajes atrapados en las consecuencias de sus deseos desbordantes. En efecto, en ambas novelas, se detectan numerosos sintagmas<sup>10</sup> que evocan el concepto, reforzando esta conexión.

Ahora bien, para ambas parejas de hermanos, el conflicto resulta surgir a raíz de una excesiva proximidad tanto física como emocional, lo que desemboca, muy pronto, en dinámicas miméticas conflictivas, ya que “la proximidad del mediador determina en el sujeto una intensa necesidad de probarse a sí mismo.” (Cesáreo Bandera 1975, 76)

En efecto, en la triangulación amorosa que involucra Pedro, Luís e Hipólita, esta última nos recuerda que, “[...] entre su casa y la mía no había más división que la de una pared, entrambos hermanos y entrambos con el hábito Alcántara en los pechos [...]” (Zayas y Sotomayor 2023, 417)

<sup>9</sup> El resultado de análisis psicocrítico podría aplicarse también a otras novelas de Zayas, como *El verdugo de su esposa* y *Estragos que causa el vicio*, en las que se aborda el tema-tópico de la amistad, así como *El jardín engañoso* que, en cambio, se centra en relaciones fraternales.

<sup>10</sup> “Desatinado amor, desdichado tormento, mal nacidos deseos, infames deseos, violencia de su apetito, mis abrazados deseos, libidinosos apetitos”, entre otros.

Por otro lado, en el caso de Federico y Ladislao: “era Federico un año menos que el rey, y tan amado de él, que muchas veces estuvo determinado [...] a no casarse, por que quedara, después de sus días, Federico rey.” (Zayas y Sotomayor 2021, 562)

Dejando por un momento al lado las estrategias y las técnicas narrativas con las que se desarrollan los relatos, nos centraremos en el análisis del trastorno obsesivo en los hermanos menores, Luis y Federico, protagonistas de las respectivas novelas. Ambos, movidos por envidia y celos enfermizos – generados por la excesiva cercanía –, acaban por manifestar mecanismos de proyección identificativa<sup>11</sup> hacia sus hermanos mayores: Pedro y Ladislao.

La identificación proyectiva muestra una especial forma de dependencia con la envidia: en el intento de sustituirse a los sujetos envidiados – secretamente admirados y venerados –, Luis y Federico acaban por desear la aniquilación del Gran Otro, su respectivo hermano mayor. La envidia que sienten es destructiva y malévola, y podría encajar perfectamente en la de tipo primitivo, tal como la define la psicóloga y psicoanalista Melanie Klein (1988, 88). Un exceso anímico que, a juicio de la estudiosa, se manifestaría desde la niñez, atribuyendo exclusivamente al otro el propio malestar. Efectivamente, ambos experimentan una impertinente fascinación, ya que se ven arrastrados por un mecanismo de demanda obsesiva, pidiendo, de manera inconsciente, al respectivo hermano mayor: “muéstreme a quién desear.” (Roland Barthes 1998, 158)

Más en concreto, Luis y Federico consideran a Pedro y Ladislao como los responsables de las carencias que sufren, ya que, lo que los hermanos mayores poseen y disfrutan – rol social, prestigio, herencias, etc. –, es inaccesible para ellos. Por tanto, la destrucción del Gran Otro se convierte en una forma de venganza y también en un intento de eliminar lo que se interpone entre los envidiosos y lo que anhelan:

[...] el obsesivo hace pasar su deseo por delante de todo, quiere decir que va a buscarlo más allá, poniendo la mira en él, propiamente, en su constitución de deseo, es decir, en la medida en que, en cuanto tal, destruye al Otro. Aquí está el secreto de la contradicción profunda que hay entre el obsesivo y su deseo. Enfocado de esta forma, el deseo lleva en sí mismo esta contradicción interna que constituye el callejón sin salida del deseo del obsesivo [...]. (Jean Jacques Lacan 2010, 410)

Si bien las dinámicas que provocan los conflictos presentan pequeñas variaciones narrativas, en ambos casos se vislumbra una preferencia tácita por uno de los hermanos: en el caso de Pedro y Luis, es evidente que el primero goza de mayor prestigio con respecto a su hermano menor: “[...] de lo bien que me estaba cualquiera de los hermanos, eligieron a don Pedro, que era el mayor, quedando don Luis, [...] el más desdichado.” (Zayas y Sotomayor 2023, 417)

Mientras que, en el caso de Federico y Ladislao, se observa que este último disfruta de un mayor crédito social debido a cuestiones de herencia:

En Hungría, por muerte del rey Ladislao, entró a gozar la corona un hijo suyo, llamado asimismo Ladislao como el padre. [...] era Ladislao príncipe generoso,

---

<sup>11</sup> Mecanismo de defensa que adoptan los individuos al proyectar sus propios deseos y, en particular, al intentar apropiarse, de manera inconsciente, de la identidad del Otro.

gallardo, de afable condición y bien entendido [...] y así, desde que entró a reinar, fue muy querido de sus vasallos, que, amándole príncipe, no lo olvidaron rey. (Zayas y Sotomayor 2021, 561)

Aunque es Girard quien teoriza la *théorie mimétique*, también es cierto que Lacan nos ofrece claves psicológicas que complementan la exégesis psicocrítica que subyace en la ecuación amorosa que involucra a las parejas de hermanos. A juicio del psicoanalista, el sujeto con trastorno obsesivo siempre necesita del *sprint* de un tercer elemento que, en este caso, es encarnado por la esposa de los hermanos mayores:

[...] les he hablado de las hazañas de los obsesivos. ¿Qué es esta hazaña? Para que haya hazaña, hace falta ser al menos tres, porque uno no lleva a cabo su hazaña solo. Hace falta ser al menos dos, o algo parecido, para ganar un desafío, para que haya un *sprint*. (Jean Jacques Lacan 2010, 425-426)

En realidad, lo que Luis y Federico demandan solo es un pretexto. Sus cuñadas, – respectivamente, Hipólita y Beatriz – personifican, al fin y al cabo, el *objet a*<sup>12</sup> que, en términos lacanianos, representaría la ilusión de gozar de la *jouissance*, ya que encarnan lo que los hermanos menores perciben como potencialmente inalcanzable y deseable: porque “lo que se desea, no es lo que se demanda.” (Eduardo Sanmiguel Ardilla 1992, 63)

El alimento de la demanda obsesiva es, justamente, la prohibición, ya que, la “forma de hacerle sostener el propio deseo al Otro es ambigua [...] la prohibición está ahí para sostener el deseo.” (Jean Jacques Lacan 2010, 423)

Con el afán de apropiarse de los objetos de amor de sus hermanos, Luis y Federico intentan, por tanto, aniquilar al Otro, el mismo gran Otro catalizador del deseo mediado: “es propio del deseo necesitar el apoyo del Otro. El deseo del Otro no es una vía de acceso al deseo del sujeto, es el lugar del deseo.” (Jean Jacques Lacan 2010, 411)

Aclaremos: Luis y Federico proyectan sus propios deseos y frustraciones en Pedro y Ladislao, considerándolos como un ideal o un modelo a seguir, y también podrían estar identificándose con ellos al intentar apropiarse de los atributos que perciben como valiosos (prestigio, rol social, etc.). Por tanto, al procurar manchar el honor de la familia mediante el pretexto de unión íntima con las cuñadas, los hermanos menores están aniquilando, en realidad, a sus propios hermanos, verdaderos núcleos y blancos de la perversa obsesión:

El obsesivo, en tanto que su movimiento fundamental se dirige hacia el deseo en cuanto tal y, ante todo, en su constitución de deseo, se ve llevado a apuntar a lo que nosotros llamamos la destrucción del Otro (Jean Jacques Lacan 2010, 411).

Aunque es evidente que tanto Luis como Federico manifiestan rasgos físicos y emocionales sádicos – siendo el sadismo el elemento cruce en el movimiento del deseo

---

<sup>12</sup> “[...] L'amour lui-même [...] s'adresse au semblant. Et, s'il est vrai que l'Autre ne s'atteint qu'à s'accoler [...] au *a*, cause du désir, c'est aussi bien au semblant d'être qu'il s'adresse. Cet être-là n'est pas rien. Il est supposé à cet objet qu'est le *a*.” (Jean Jacques Lacan 1975, 85)



del obsesivo –, también es verdad que los propios hermanos mayores, Pedro y Ladislao, parecen mostrar matices masoquistas, pulsiones y tintes de la histeria.

En efecto, la autora nos muestra que, en el caso de los hermanos húngaros, es el propio Ladislao quien dispone que sea Federico el intermediario en ocasión de su matrimonio, decisión que marcará para siempre su destino: “mandó el rey que fuese por la reina al infante Federico, su hermano [...]” (Zayas y Sotomayor 2021, 562). Es en este preciso y primer momento que Federico se encapricha de Beatriz, el mismo instante en el que ve cortada para siempre su ambición de herencia del trono de Hungría.

Por lo tanto, el sadismo (Luis y Federico) y el masoquismo (Pedro y Ladislao) constituyen, en efecto, dos facetas del mismo prisma mimético: un espejismo que los define como expresiones degradadas del deseo mediado.

En resolución, ninguno de estos *géomètres du désir* (René Girard 2011) escapa al fascinante conflicto mimético del deseo mediado: es por la insistencia de Pedro y Ladislao que, no solo estos últimos terminan encarnando la condición de maridos burlados<sup>13</sup> – pero con un perfil trágico –, sino que son causa y consecuencia de su propia aniquilación, encarnando perfectamente la idea de quienes parecen

[...] ofrecer gratuitamente la mujer amada al mediador [...] para hacérsela desear y para triunfar a continuación sobre este deseo rival. [...] El único objeto que el héroe desea es aquél con el que frustrará a su mediador. En el fondo, sólo le interesa una victoria decisiva sobre este insolente mediador. (René Girard 1985, 50)

Son los hermanos mayores quienes fomentan y catalizan el insano deseo de Luis y Federico, mecanismo que se pone de manifiesto en el encuentro orquestado con sus futuras esposas. Pedro y Ladislao muestran, por lo tanto, toda la incapacidad de desear de manera autónoma, elemento eje del trastorno histérico, porque, en efecto, “la histérica se identifica preferentemente con personas [...] que tienen las mismas relaciones sexuales con las mismas personas que ella.” (Jean Jacques Lacan 2010, 371)

El resultado es un círculo infinito que dismantela la ingenua creencia de que somos nosotros quienes controlamos el deseo, cuando, en realidad, es el deseo mismo que nos arrastra y nos hace sujetos deseantes. De ahí que la exhortación lacaniana en

---

<sup>13</sup> El tópico del marido celoso es un motivo recurrente y ampliamente desarrollado dentro de la tradición literaria. Movidado por unos celos desenfrenados hacia su mujer, el celoso acaba convirtiéndose en un personaje ridículo, objeto de burla para el lector, pues encarna un exceso anímico que suele ser castigado con la infidelidad conyugal de su esposa. En efecto, la tradición novelística seguía tratando este tema desde una perspectiva cómica; dentro de esta tradición, pocos personajes resultan más risibles que el del marido celoso, quien, dominado por la obsesión enfermiza de los celos, termina siendo cruelmente ridiculizado y objeto de burla.

Sin embargo, al revitalizar el género novelístico en España, Cervantes renueva y recodifica este tópico y le imprime una connotación compleja, más trágica que cómica, abriendo un espacio para su recodificación dentro de la narrativa. Ejemplo de esto son personajes como Anselmo, quien, impulsado por una curiosidad impertinente, termina siendo víctima de sí mismo; o Carrizales del *Celoso extremeño*, cuyo destino acaba por reflejar las consecuencias extremas de su obsesión.

Remitimos al Profesor Antonio Gargano (2014, 42-47) también para la amplia bibliografía ahí recogida sobre el tema.

relación con el deseo que habita en todo ser humano se reduce, por lo tanto, en mera pregunta retórica: “¿Has actuado en conformidad con tu deseo?”<sup>14</sup>.

### 2.3. Matices del contagio mimético: paradigmas de *pharmakós*

Si todos los hombres consiguen convencerse de que sólo uno de ellos es responsable de toda la *mimesis* violenta, si consiguen ver en ella la “mancha” que los contamina a todos, si comparten unánimemente su creencia, ésta quedará comprobada pues ya no habrá en ninguna parte de la comunidad ningún modelo de violencia a seguir o a rechazar, es decir, a imitar y multiplicar inevitablemente. Al destruir la víctima propiciatoria, los hombres imaginarán librarse de su mal y se librarán en efecto de él, pues ya no volverá a haber entre ellos una violencia fascinante. (René Girard 2005, 90)

A juicio del filósofo y antropólogo francés, René Girard (2005), la violencia es un rasgo estructural e intrínseco de la naturaleza humana. El detonante de la violencia, máxime cuando unánime, es el deseo mimético que, en todo ser humano, surge de la imitación y del intento de ser como el otro y poseer lo que el otro posee.

Por tanto, subraya Girard, “no debemos renunciar a la noción de *mimesis*; hay que ampliarla a las dimensiones del deseo o tal vez hay que ampliar el deseo a las dimensiones de lo mimético.” (1986, 183)

A medida que múltiples individuos convergen en el mismo objeto de deseo, las tensiones intestinas de un grupo social crecen de forma exponencial, provocando un contagio impuro, proceso que puede escalar hacia una crisis sacrificial. Sin embargo, para evitar que la violencia mimética se vuelva destructiva y comprometa la supervivencia de una comunidad, se adoptan estrategias de contención. Efectivamente, ya en las civilizaciones arcaicas se recurría a la práctica del rito sacrificial: la identificación del chivo expiatorio, es decir, el sacrificio de una víctima designada garantizaba el restablecimiento del *status quo* en el seno de la comunidad.

Por ende, la figura del chivo expiatorio existe desde los albores del tiempo. En la Grecia del siglo V esta idea se perpetuaba bajo la forma del *pharmakós*, individuo elegido para ser sacrificado. Sin embargo, la selección de la víctima sacrificial no era casual, sino solía poseer doble característica: ser tanto parte del grupo social como marginal respecto a él – vulnerable, susceptible y carente de un lugar significativo en la comunidad<sup>15</sup> –, encarnando, por lo tanto, los así llamados “signos de selección victimaria.”<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Para profundizar detalladamente el concepto, véase el apartado titulado “Las paradojas de la ética” (Jean Jacques Lacan 1990, 370-386).

<sup>15</sup> A este propósito, Girard propone una reinterpretación de la tragedia de Sófocles *Edipo Rey*: la peste que devasta Tebas simboliza la violencia que amenaza con estallar en la ciudad, mientras que Edipo encarna el chivo expiatorio por excelencia. En cuanto ‘diferente’, Edipo es soberano (diferente respecto a los miembros de la sociedad); cojea (es vulnerable); y es parricida e incestuoso (con su padre y madre). Su eliminación permite restablecer el equilibrio social y prevenir la explosión descontrolada de la violencia interna.

<sup>16</sup> “Bastan tres de ellos y con frecuencia sólo dos. Su presencia nos lleva a afirmar que: a) las violencias son reales, b) la crisis es real, c) no se elige a las víctimas en virtud de los crímenes que se les atribuyen sino de sus rasgos victimarios, de todo lo que sugiere su afinidad culpable con la crisis, d) el sentido de la operación consiste en achacar a las víctimas la responsabilidad de esta crisis y actuar sobre ella

Pese a que la idea de víctima sacrificial cuente con tradiciones muy ancestrales – como lo evidencian los antiguos textos bíblicos, o los mitos griegos –, lo que aquí nos interesa destacar es la función social del sacrificio.

En efecto, todas las comunidades y grupos sociales comparten un denominador común: las luchas intestinas. Efectivamente, estas pueden surgir en el seno de las tensiones, rivalidades y también en los celos o la envidia. El sacrificio de una víctima sacrificial busca, en esencia, resolver el conflicto interior al grupo y restablecer la armonía que gobierna sobre el caos.

Ahora bien, ¿qué relación tiene esta idea con la heroína que Zayas presenta en sus colecciones?

Por un lado, es innegable que la respuesta más obvia apunta a que el principal afán de la novelista áurea consiste en reivindicar la condición social de la mujer de su tiempo – no por casualidad se considera como autora proto feminista<sup>17</sup> –, intentando desafiar las instituciones culturales, literarias, religiosas y éticas de la época; sabido es que el honor es el precio sobre el que se fundamentan los valores éticos y morales de la sociedad contemporánea a Zayas.

Por otro lado, para preservar la armonía dentro de una comunidad, como puede ser la familia, la disyuntiva es clara: sacrificar al *pater* – o, en ausencia de este, al hermano o al marido – o la mujer, especialmente cuando esta arrastra el peso de la deshonra que recae sobre la familia. Es en estas circunstancias que la mujer se revela como la víctima sacrificable por excelencia para los clanes familiares. De ahí que, para evitar un conflicto, se genere otro, gestando un círculo mimético que desemboca en una inevitable *blood feud*: “el sacrificio polariza las tendencias agresivas sobre unas víctimas reales o ideales [...] pero siempre susceptibles de no ser vengadas, uniformemente neutras y estériles en el plano de la venganza.” (René Girard 2005, 25)

Dirigiéndonos a nuestro enfoque, en el análisis de *La inocencia castigada* y *Amar solo por vencer* – desengaño quinto y sexto –, las heroínas zayescas terminan convirtiéndose en chivos expiatorios del propio clan familiar, nada más que trasfiguración simbólica de una comunidad en pequeño.

Más en concreto, en el caso de Inés, “por la terrible condición de su hermano o cuñada” (Zayas y Sotomayor 2021, 380), mientras que, para Laurela, “la cruel tía [...] había sido uno de los jueces de ella [...] cruel mujer, por cierto, que ya que su marido y hermano eran cómplices [...]” (Zayas y Sotomayor 2021, 460). En ambos casos, la violencia es una constante y se hace contagiosa, revelando unos curiosos efectos miméticos, sea por los celos y la envidia de la tía y la cuñada o por la necesidad de reivindicar el honor familiar.

La imagen más simbólica – y folklórica – del acto sacrificial en el que se ve involucrada Inés se manifiesta en el uso de unos hechizos mágicos, específicamente a

---

destruyéndolas o, por lo menos, expulsándolas de la comunidad que ‘contaminan’ [...]. (René Girard 1986, 35)

<sup>17</sup> La presencia de ideas y actitudes que anticipan algunas de las preocupaciones del feminismo moderno – como la defensa de la educación de la mujer, la denuncia del sistema patriarcal y las críticas a las estructuras sociales de su tiempo – han convertido a Zayas en una autora que, en muchos aspectos, se adelanta a dicho movimiento. En efecto, la mayoría de los estudiosos abordan a la novelista desde esta perspectiva, aunque, evidentemente, la propia autora no se identificara con un movimiento feminista, aún inexistente en su época. Entre los estudios sobre el enfoque feminista en la obra de Zayas, cabe mencionar, entre otros: Sandra M. Foa 1979, M. V. de Lara 1932, 31-37, Lena E. V. Sylvania 1974, 7-18, Pilar Alcalde 2005.

través de una emulación de unas ceras, que someten a Inés en una relación lasciva con su pretendiente don Diego:

[...] el nigromántico agareno le prometió que [...] le daría con que la misma dama se le viniese a su poder [...] vino y le trajo una imagen de la misma figura y rostro de doña Inés [...] la figura de Inés estaba desnuda, y las manos puestas sobre el corazón, que tenía descubierto, clavado por él un alfiler grande, dorado, a modo de saeta, porque en lugar de la cabeza tenía una forma de plumas del mismo metal [...].

Díjole el moro que, en estando solo, pusiese aquella figura sobre un bufete, y que encendiese la vela que estaba sobre la cabeza [...]. (Zayas y Sotomayor 2021, 393)

El embelesamiento de Inés mancha para siempre el honor de su familia, una mancha que, sin duda, derramará aún más sangre.

Aunque el *leitmotif* es la pérdida del honor familiar, es crucial reconocer que, en ambos desengaños, el acto sacrificial se desencadena como el resultado de un mimetismo: todos desean lo que ya ha sido deseado por otro. La ejemplificación más representativa de este engranaje es encarnada por don Bernardo – padre de Laurela –, personaje con aparentes tintes homosexuales, ya que, él mismo – además que su hija –, se siente atraído por Esteban-Estefanía – hombre disfrazado de mujer: “vino su padre [...] y él, muy pagado de ella, lo más que ponderó fue la hermosura; con tal afecto, que al punto conoció Estefanía que se había enamorado, y no le pesó, aunque temió verse perseguida de él” (Zayas y Sotomayor 2021, 432). Esta atracción, claro detonante de un conflicto, podría haber sido una de las causas que impulsan a don Bernardo a sacrificar a su hija. Resulta evidente que estamos, una vez más, frente al espejismo del contagio mimético.

Como apuntado arriba, el proceso de victimización se desencadena en momentos de profunda crisis interior que pone en peligro la cohesión social que, en este caso específico, es la familia. El deshonor familiar es el catalizador que abre paso al proceso victimario, subrayando la necesidad de encubrir el escándalo – el término “secreto” se repite hasta cinco veces en el desengaño sexto – hasta que la mancha de sangre impura sea redimida por una más pura: la del *pharmakós*.

En este contexto, tanto la cuñada de Inés como la tía de Laurela, lejos de defender a las jóvenes inocentes, fomentan el odio y la violencia; ya sea por la envidia que sienten hacia ellas o por la rigidez de las normas sociales vinculadas al estricto código de honor ejercido por los hombres de la familia (don Francisco, hermano de Inés, y don Bernardo, padre de Laurela), la unanimidad del grupo social fomenta el odio dirigido hacia una única víctima.

La lenta y tortuosa venganza se manifiesta en dos formas diferentes, pero el objetivo de los clanes familiares es el mismo. En el caso de Inés, su despiadado marido (don Alonso) y su hermano (don Francisco) adoptan la sádica estrategia de la disimulación, pero simulando protegerla y preparando terreno para una más cruel venganza, evitando, sobre todo, que el escándalo salga a la luz. Muy pronto, los verdugos alejan a la inocente mujer de la ciudad, asegurándose, por tanto, que la represalia tenga lugar lejos de cualquier mirada indiscreta. En efecto, Inés queda emparedada entre cuatro paredes durante seis años, condenada a una muerte espiritual y progresivamente física, “porque para este caso no hubo más oficiales que el hermano,

marido y cuñada” (Zayas y Sotomayor 2021, 402). La llave de su prisión solo “la tenía la mala y cruel cuñada” (402), quien apenas le proporcionaba el alimento necesario para sobrevivir, precisamente “por que no muriese tan presto.” (402)

Sin embargo, para desvelar el contagio mimético, es imprescindible ser inmune a él. El individuo que esclarece el mecanismo victimario debe ser un miembro extraño al grupo social<sup>18</sup>: es solo merced a la intervención de una vecina casual que Inés – aunque ciega por las torturas perpetradas – logra salvarse.

Tras escuchar repetidamente las quejas nocturnas de Inés, puntualmente la vecina interviene para poner fin al acto atroz. Esta intervención, casual o no, es crucial, ya que desvincula la lógica colectiva de una misma demanda, garantizando que los miembros del clan familiar tomen conciencia del mal cometido: “los traidores hermano y marido y la cruel cuñada, al principio, negaban; mas viendo que era por demás, [...] confesaron la verdad.” (Zayas y Sotomayor 2021, 407)

El caso de Laurela es perfectamente análogo: primero, hay una disimulación por parte de su padre (don Bernardo), quien, tras descubrir que su hija ha manchado el honor de la familia escapándose con su engañoso amante Esteban, finge protegerla en casa de su hermana, “pareciéndole mejor modo para [...] vengarse el disimular” (Zayas y Sotomayor 2021, 457). Esta vez, “más de un año estuvo Laurela con sus tíos” (Zayas y Sotomayor 2021, 459), un ‘hogar’ que, en manos de sus verdugos, se convierte en un perfecto lugar del crimen: en un momento dado, los miembros del clan familiar le arrebatan la vida a Laurela – venganza cuidadosamente orquestada por las órdenes de don Bernardo –, derribándole una pared encima sin posibilidad que nadie la vengue (a diferencia de Inés), garantizando el acto sacrificial. En particular, “la cruel tía [...], que la pudiera librar, llevándola a un convento, no lo hizo.” (Zayas y Sotomayor 2021, 460)

En estos contextos, el chivo expiatorio cumple una doble función: envenenar y purificar. Su etimología lo confirma, ya que, en sus orígenes, el término designaba y hacía referencia tanto al veneno como a su antídoto.

En resolución, los chivos expiatorios funcionan como el instrumento mediante el cual la comunidad – entendida como grupo social – puede restablecer y recomponer su crisis interna. Solo merced a la elección y eliminación de un chivo expiatorio se logra restablecer el *status quo* en el seno de la comunidad, “una ilusión y un engaño”, “pero de la ilusión y del engaño más formidables y más ricos en consecuencias de toda la aventura humana.” (René Girard 2005, 90)

---

<sup>18</sup> Para Girard, este sujeto es Cristo. El estudioso ofrece una interpretación profunda del cristianismo, considerándolo el punto cruce que conduce a una nueva comprensión del sacrificio, ya que revela la inocencia de la víctima. Las sociedades primitivas están estructuradas de manera que nunca se cuestiona la culpabilidad ni la divinidad de la víctima. Sin embargo, en el judaísmo y el cristianismo esta creencia se desmantela, ya que la víctima se presenta como inocente. Esta es la ruptura con el universo mítico y con el ámbito judeocristiano. El cristianismo enseña a cuestionar no solo la culpabilidad de Cristo, sino también la de todas las víctimas semejantes a Él.

El antropólogo francés identifica la era precristiana – la de los mitos – con el reino de Satanás: Satanás es quien lleva la violencia, el rey de las tinieblas. Para Girard, las tinieblas no son más que una metáfora de la ceguera de la multitud (René Girard 1986, 240-256), la misma ceguera que afecta a Inés, presa de la frenética mimesis que actúa sin saber lo que se hace.

## 2.4. Desde Edipo a Telémaco: el príncipe de Flandes y don Alonso

En la *Odisea* de Homero, Telémaco es el hijo de Ulises, quien deja a su familia para luchar en la Guerra de Troya. En efecto, durante veinte años, Ulises permanece lejos de su ciudad y familia.

Mientras tanto, Telémaco, “con sus propios ojos contempla al mar, escruta el horizonte. Esperando a que [...] su padre [...] regrese [...]” (Massimo Recalcati 2014, 12): espera a su padre, lo invoca y confía en su regreso.

Es evidente que, a diferencia de Edipo, Telémaco nunca anhela la aniquilación de su padre, ni contempla siquiera mínimamente la posibilidad de cortar sus raíces, a pesar de que en su tierra ya no queda ley ni orden simbólico. Sin embargo, Telémaco sigue mirando al mar, hacia el horizonte, hacia las infinitas posibilidades y hacia el futuro, encarnando la idea de un justo heredero. Su espera invoca la Ley del Padre, quien podrá restablecer el orden en medio del caos que asola la ciudad, devastada y usurpada por los Proci.

Para Telémaco, Ulises es una esperanza, no un enemigo a destruir. Porque

El padre es el símbolo de la Ley, pero lo es sólo como posibilidad de representar la Ley sin gozar de la Ley. Su palabra es el símbolo de una Ley que humaniza la vida separándola de la vida animal. El padre actúa como portador de la Ley que prohíbe el goce incestuoso y, al mismo tiempo, como aquel que otorga en herencia el sentido de la Ley no como castigo sino como posibilidad de la libertad, como fundamento del deseo. (Massimo Recalcati 2014, 39)

Ahora bien, en la mayoría de los relatos zayescos, la figura del *pater* representa el símbolo del orden social dentro del núcleo familiar. En *Mal presagio casar lejos* y en *El traidor contra su sangre*, la dinámica de la violencia se desata como consecuencia de la sumisión a esta figura. Para los hijos que protagonizan los relatos, el príncipe de Flandes y don Alonso, la figura paterna se presenta como el causante de la represión de la propia individualidad, lo que desemboca, a menudo, en ira reprimida – proyección – y en comportamientos violentos hacia terceros.

Analizando el comportamiento de los personajes zayescos, se vislumbra que la relación entre padre e hijo no sigue el modelo edípico, al menos en un primer momento.

En lugar de rechazar a su padre, estos hijos mantienen una actitud de cercanía y respeto hacia él, ya que anhelan que el padre, como testigo, escuche su grito de ayuda: ese grito primigenio que manifestamos – en cuanto seres humanos – como expresión del llamado al Otro, cuando aún nos falta la palabra, siendo, en esencia, *parlêtres*<sup>19</sup>.

Por lo tanto, a diferencia de Edipo, estos hijos anhelan restablecer la Ley de las leyes:

La Ley de la palabra es la Ley del reconocimiento del deseo del Otro, del que se alimenta la vida humana. Con el objeto de que mi existencia tenga un sentido, con el objeto de que pueda establecerse como humana, ésta no necesita sólo el pan, sino la levadura del deseo del Otro. En este sentido, la vida de *hablanteser* es llamamiento, demanda de amor dirigida al Otro, demanda de ser

<sup>19</sup> Concepto lacaniano que puede traducirse como “*hablanteser*”.

algo para el deseo del Otro. Si falta esa levadura, la vida cae en el sinsentido, se convierte en vida sin vida, en vida apagada. (Massimo Recalcati 2014, 35)

Porque heredar implica algo más que recibir pasivamente lo que pertenece al Otro, y tampoco se vincula con las relaciones de sangre.

Heredar la Ley de la palabra supone existir a través de una subjetivación del individuo; implica aprender a hablar con la propia voz, aunque sea merced a la mediación del Otro. El acto de heredar es el resultado de una reconquista de lo que ya ha sido, es un ‘retroceder avanzando’, como nos muestra Telémaco.

Pero, ¿qué posibilidad de herencia tienen los hijos prototípicos propuestos por Zayas?

En el caso del príncipe de Flandes, podemos observar como la figura paterna le proporciona una educación basada en la represión y control, una influencia que restringe la libertad del sujeto, generando consecuencias que pueden ser altamente destructivas. El caso no dista mucho del de don Alonso, quien es manipulado por muchos personajes, pero, sobre todo, por su padre. En efecto, es por la “evaporación del padre” (Massimo Recalcati 2014, 65) y de la deuda simbólica que lo vincula al Otro que, para los hijos zayescos, no hay ninguna posibilidad de ser ‘justos’ herederos.

El padre del príncipe de Flandes, “gran potentado de aquel reino” (Zayas y Sotomayor 2021, 471), lo dirige todo: primero, obliga a su hijo a casarse con doña Blanca, causando una represión de la identidad sexual del hijo, quien se entretiene y se refugia – en secreto – en una relación extraconyugal con su paje y amante homosexual, Arnesto. En realidad, la dinámica de subordinación no solo afecta al príncipe, sino también a otros miembros de la familia, como su hermana Marieta, quien también sufre las consecuencias de la crueldad paterna. Pero, ¿no debería ser “la verdadera función del Padre [...] la de unir – y no la de oponer – un deseo a la ley”? (Jean Jacques Lacan 2009, 784)

En cuanto al príncipe, él logra disimular y reprimir, tal y como deseaba su padre, su homosexualidad. Es evidente que su ocultación explica también la urgencia con la que su padre insistía en que contrajera matrimonio con doña Blanca, buscando proteger el honor familiar y preservar las apariencias. Entonces, ¿qué puede heredar el príncipe de un padre que no respeta la Ley de las leyes, es decir, la de la palabra?

El caso no dista mucho del *desengaño octavo*, donde, de entrada, ya se vislumbra la actitud de don Pedro, padre de don Alonso, un “hombre soberbio y de condición cruel” (Zayas y Sotomayor 2021, 512). La estructura bipartida de la novela nos permite entrever cómo don Pedro lo gestiona todo, incluso conspirando contra el asesinato de su hija Mencía por reivindicar su honra. Por su parte, don Alonso se presenta como incapaz de elegir por sí mismo, llegando incluso a cometer el acto atroz contra su hermana.

En efecto, don Alonso no solo se presenta manipulado por su padre, sino también por los demás. Primero, por Clavela, quien, movida por los celos y la envidia, y no soportando que doña Mencía se haya convertido en la pareja de su viejo amor, no hace demasiado esfuerzo para persuadir a don Alonso de asesinar a su hermana con unas “tantas puñaladas cuantas bastaron a privarla de la vida.” (Zayas y Sotomayor 2021, 524-525)

La segunda parte de la novela podría interpretarse como una oportunidad de redención para don Alonso, quien, tras haber cometido el cruel acto contra su hermana y, sobre todo, al alejarse de su padre, podría haber comenzado una nueva vida, aunque

si todavía “socorrido largamente” (Zayas y Sotomayor 2021, 530) por él. Sin embargo, ya lejos de Sevilla y de su padre, don Alonso cae bajo la influencia del jenizaro napolitano Marco Antonio, el segundo personaje que tiene capacidad de manipularlo sin demasiado esfuerzo: primero, le convence a casarse con la tal doña Ana y, luego, incluso a conspirar para asesinar a la madre de su hijo, por el temor a que su padre desestimara su nueva vida con una mujer humilde y sin riquezas:

Mucho sintió don Alonso del enojo de su padre, y fue de modo que bastó a [...] arrepentirse de haberse casado, en un instante llegó el arrepentimiento, y se le empezó a sentir en el desagrado con que trataba a su esposa. [...] lo que antes eran despegos se convirtió en aborrecimiento [...] y de aborrecerla nació el desear verse sin ella, creyendo que así tornaría a la amistad de su padre, y luego con los buenos consejos de su amigo Marco Antonio [...]. (Zayas y Sotomayor 2021, 537-538)

Si ser padre, “como nos recuerda el escandaloso relato bíblico del sacrificio de Isaac, implica en primer lugar una dimensión de renuncia radical a la posesión de los propios hijos, implica saberlos “ ‘encomendar al desierto’ ” (Massimo Recalcati 2014, 69), ¿qué puede heredar un hijo de un padre que, en lugar de fomentar su deseo y garantizar que su condición de heredero sea como la de Telémaco, lo único que hace es sustituir su palabra por la del hijo?

Porque un padre

no es el titular de la Ley, no sabe cuál es el sentido último del mundo, qué es, en última instancia, justo e injusto, pero sabe cómo mostrar a través del testimonio plasmado en su existencia que es posible – nunca deja de ser todavía posible – dar un *sentido* a este mundo, dar un sentido a lo justo y a lo injusto. [...] Heredar no es sólo recibir un sentido del mundo, sino que es también la posibilidad de abrir nuevos sentidos del mundo, nuevos mundos de sentido. (Massimo Recalcati 2014, 39-40)

Al enterarse de lo sucedido mientras aún permanecía en Sevilla, don Pedro adopta una actitud que no deja espacio a dudas:

Fueron estas nuevas a Sevilla, a su padre, y cuando llegaron las cartas, estaba jugando con otros amigos, y acabando de leerlas, [...] dijo:  
- Más quiero tener a un hijo degollado que mal casado.  
Y se volvió a jugar, como si tales nuevas no hubieran tenido. (Zayas y Sotomayor 2021, 546)

La postura de estos padres es la del *padre padrone*, del *pater familias*, quien impone su autoridad sobre la libertad de los hijos, dictando arbitrariamente lo que es justo o injusto.

Debido a que reprime su identidad sexual y sus emociones profundas, el príncipe de Flandes termina proyectando su ira y frustración hacia doña Blanca, quien no es más que otro chivo expiatorio dentro de la contienda del clan familiar, a quien, “desangrada, como Séneca” (Zayas y Sotomayor 2021, 503), “la abrieron las venas de entrambos brazos, para que por tan pequeñas heridas saliese el alma, envuelta en



sangre, de aquella inocente víctima, sacrificada en el rigor de tan crueles enemigos” (Zayas y Sotomayor 2021, 502). La esposa del príncipe se convierte en el blanco de una descarga emocional que no es sino el reflejo del dilema y conflicto interior que experimenta a causa del “miedo a la castración”. El concepto de honor familiar y las expectativas sobre su “masculinidad” influyen en la lucha interior del personaje.

De ahí que, matar el deseo del hijo es lo mismo que matar al padre; son acciones especulares, ya que implican el rechazo de la filiación simbólica, como en

una suerte de Edipo invertido, son los padres los que matan a sus hijos, no les dejan su sitio, no saben cómo eclipsarse, no saben delegar, no otorgan ocasiones, no prestan atención al porvenir; [...] los padres no quieren dejar de tener hijos, no quieren perderse nada, no asumen las consecuencias simbólicas de su palabra. (Massimo Recalcati 2014, 83-84)

Al intentar menguar la furiosa rabia del “cruel y riguroso viejo” (Zayas y Sotomayor 2021, 502), las únicas palabras que el príncipe recibe del *pater* son: “calla, cobarde, traidor, medio mujer, que te vences de la hermosura y tiene más poder en ti que los agravios.” (Zayas y Sotomayor 2021, 502)

¿Qué herencia puede dejar un padre sádico que carece de amor?

Lo cierto es que, para estos hijos, no hay ninguna posibilidad de heredar la Ley de la palabra, ya que el adulto debería

pedir que represente el ideal de la llamada vida moral, y mucho menos, de una vida realizada, sino que *dé peso a su propia palabra*, lo que significa en primer lugar intentar *asumir todas las consecuencias de sus actos*. Un adulto no está obligado a encarnar ideal de perfección alguno, pero sí está obligado a dar peso simbólico a su propia palabra. Y eso significa mostrarse ante sus hijos como dependiente a su vez de una Ley – la Ley de la palabra – que está por encima de él. (Massimo Recalcati 2014, 81)

En ambos casos, la figura paterna ejerce un rol dominante que limita la libertad de los hijos, condicionado sus acciones y relaciones interpersonales.

En el caso del príncipe, la represión de su identidad sexual responde al deseo de satisfacer las expectativas sociales y familiares, lo que conlleva a una frustración interior tan intensa que termina en violencia hacia terceros y sufrimiento para las víctimas. Del mismo modo, don Alonso vive las consecuencias de la figura castrante, cuya actitud de control e imposición determina su trágico destino y el de quienes lo rodean. Ambos, al final, heredan algo de sus padres; sin embargo, no pueden ser los justos herederos como Telémaco.

En el caso de Don Alonso, lo que hereda de su padre se refleja en las relaciones que establece con los demás: con Clavela en el primer caso y con Marco Antonio en el segundo. Porque, en realidad, un padre puede ser cualquiera que se haga testigo y garantice la transmisión de la Ley de la palabra, pero ni siquiera Marco Antonio, como “amigo” – o, en efecto, mal amigo –, es capaz de hacerlo.

La evaporación de la filiación simbólica conlleva, a su vez, una evaporación de la Ley de la palabra en ambos personajes-hijos, quienes, aunque no heredan el modelo comportamental de Edipo, asimilan todos los aspectos patológicos de los progenitores. Sin un testigo que funcione como mediador entre la Ley de la palabra y el deseo del

Otro, no hay ninguna posibilidad de poder mirar hacia el horizonte ni al futuro, como lo testimonia Ulises con Telémaco, dejando en sus manos no solo el relato de su viaje, sino sobre todo la deuda de otorgarle sentido: “Lo que has heredado de los padres, reconquistalo si quieres poseerlo de verdad.”<sup>20</sup>

### 3. Conclusiones

Si bien es cierto que la crítica ha abordado la obra de Zayas desde enfoques históricos, feministas y narratológicos, este estudio ha procurado destacar un aspecto todavía poco explorado: la complejidad psicológica de sus personajes y la forma en que sus deseos, traumas y conflictos interiores configuran las estructuras narrativas de los relatos.

Siguiendo el método psicocrítico elaborado por Mauron – quien evidencia el papel de las *métaphores obsédantes* en la revelación de dinámicas psíquicas profundas que subyacen en los textos literarios –, ha sido posible examinar cómo estos esquemas se articulan con las temáticas dominantes en la obra de Zayas, que, como mencionado arriba, abarcan las dimensiones de la violencia y las consecuencias de los deseos desbordantes de los personajes.

El enfoque hermenéutico ha permitido observar que, tanto en las *Novelas* como en los *Desengaños*, la novelista áurea no se limita a la denuncia social de la mujer de su tiempo, sino que también construye personajes con una riqueza psicológica que merece ser examinada con mayor detenimiento. Fruto del ingenio de una escritora barroca dotada de una inteligencia aguda y de una profunda capacidad de observación sobre la naturaleza humana, su obra estimula múltiples niveles de lectura. En este trabajo, se ha intentado trazar uno de ellos dentro de los límites del conocimiento psicoanalítico, con la esperanza de que futuras investigaciones continúen desarrollando la línea de análisis aquí esbozada.

La adopción del enfoque psicocrítico no solo ofrece claves de lectura sumamente interesantes, sino que también puede ser valiosa para ampliar la comprensión psicológica, histórico-social, ética y moral de la época, así como para establecer posibles paralelismos con otros autores contemporáneos a la Sibila de Madrid, poeta, novelista y dramaturga áurea cuyas ideas reclaman ser profundamente exploradas.

---

<sup>20</sup> “Was Du ererbt von Deinen Vätern hast, erwirb es, um es zu besitzen”. Citación extraída del *Faust*, la obra más celebre de W. J. Goethe.

### Obras citadas

- Alcalde, Pilar. *Estrategias temáticas y narrativas en la novela feminizada de María de Zayas*. Newark: Juan de la Cuesta, 2005.
- Bandera, Cesáreo. *Mimesis conflictiva. Ficción literaria y violencia en Cervantes y Calderón*. Madrid: Gredos, 1975.
- Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*, traducción de Eduardo Lucio Molina. Madrid: Siglo veintiuno de España Editores, 1998.
- De Lara, M.V. “De escritoras españolas II. María de Zayas y Sotomayor.” *Bulletin of Spanish Studies* 9 (1932): 31-37.
- Deleuze Gilles, Guattari Félix. *L’Anti-Œdipe: capitalisme et schizophrénie*. Paris: Les éditions de Minuit, 1995.
- Foa, Sandra. *Feminismo y forma narrativa: Estudio del tema y las técnicas de María de Zayas y Sotomayor*. Valencia: Albatros, 1979.
- Freud, Sigmund. *La interpretación de los sueños*, traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Alianza Editorial, 2022.
- Gargano, Antonio. “Difficile est proprie communia dicere: el género de la novella entre Boccaccio y Cervantes.” *Edad de oro* 33 (2014): 35-52.
- Girard, René. *Mentira romántica y verdad novelesca*, traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Editorial Anagrama, 1985.
- . *El chivo expiatorio*, traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Editorial Anagrama, 1986.
- . *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2005.
- . *Géométries du désir*. Paris: L’Herne, 2011.
- Klein, Melanie. *Envidia y gratitud*. Barcelona: Paidós, 1988.
- Lacan, Jean Jacques. *Le Séminaire. Livre XX: Encore*. Paris: Éditions du Seuil, 1975.
- . *El seminario. Libro VII, La Ética del Psicoanálisis*, traducción de Diana S. Rabinovich. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- . *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. En Id., *Escritos*. México: Siglo veintiuno de España Editores, 2009.
- . *El Seminario. Libro V. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- Recalcati, Massimo. *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*, traducción de Carlos Gumpert. Barcelona: Editorial Anagrama, 2014.
- Rich Greer, Margaret. *María de Zayas Tells Baroque Tales of Love and the cruelty of men*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2000.
- Sanmiguel Ardilla, Eduardo. “Deseo: deseo del otro.” *Revista colombiana de Psicología* 1 (1992): 59-63.
- Sylvania, Lena Evelyn V. *Doña María de Zayas y Sotomayor a contribution to the study of her works*. New York: Columbia University press, 1974.
- Stara, Arrigo. *Letteratura e psicoanalisi*. Bari: Laterza, 2001.
- Valbuena Prat Ángel. *Los atisbos psicológicos de doña María de Zayas*. En Id., *Historia de la literatura española*. Barcelona: Gustavo Gili, 1950. III: 183-185.
- Zayas y Sotomayor, María de. *Desengaños amorosos*, edición de Alicia Yllera. Madrid: Cátedra, 2021.
- . *Novelas amorosas y ejemplares*, edición de Julián Olivares. Madrid: Cátedra, 2023.